

ta
li-

EL MONTE DE LOS CUARTOS

VII

EL MONTE DE LOS CUARTOS

Poco antes de las doce, montamos en nuestras caballerías, á la puerta de «La Bola de Oro,» para proseguir el viaje y hacer noche en El Jazmín. Pasamos de unas calles á otras de la ciudad de Tepic, iguales todas, en cuanto á vida y animación, así en mitad del día como de la noche: nada se mueve en ellas, á nadie se ve, nada se oye, y las casas parecen deshabitadas. Prestan á la población su dulce aspecto de encantadora antigüedad y triste abandono, aparte de su quietud, las hierbas desérticas que cubren á trechos los empedrados y crecen en las azoteas, las aceras medio ennegrecidas, las puertas estrechas, las ventanas altas y pequeñas, bien que no carece de portones, largos ventanales y fachadas con revoque nuevo.

Pronto salimos al campo, á la anchurosa carretera llena de hondas rodadas y de lagunajos medio cubiertos de verdina. Seguíanos desde lejos, á la

izquierda, el Zangangüey, gigante que domina montes y llanadas, y á treinta y dos kilómetros de Tepic, en la hacienda de San Leonel, comenzó á alejarse de nosotros: desaparecieron primero su tomo y una cima detrás de la otra, y en breve también se ocultó ésta.

En plena tarde, radiosa y tibia, llegamos á El Monte de los Cuartos, cuyo primer cortijillo, El Portezuelo, asienta en las primeras lomas sus cabañas de varas y zacate. En sus anchas laderas seestean unas arrias: las enjalmas están alineadas en el suelo, las cargas unas sobre otras y las mulas formadas, con el hocico escondido en las peseberras de manta de ixtle, triturando el maíz, y echándose las luengas y cerdosas colas sobre una y otra anca.

Aquí y allí los arrieros, sentados á la redonda, ó recostados en la yerba, charlolean y ríen en espera de gándir, ó ya en amable cuchipanda, cerca de los que hacen tortillas y de los que lardean y socarran sobre el tuero de la jugosa carbonada.

Allí empieza la serranía de El Monte de los Cuartos: cumberas de tormos y guázumas, came-drios y acónitos; oquedales de balsaines, robles y encinas, derrocaderos hondísimos, donde suenan torrentes ocultos; anchas calzadas de la carretera en los recuestos, y nubes que vagan por las cresterías. Salvaje y hermosa! La tempestad la conmueve, la sacude, la oscurece, la anega y la devuelve al sol urente más bella, arrogante, espléndida y perfumada; más lozana y más fecunda.

Internándome en su montuosa soledad, descendí á sus lóbregas hondonadas, teatro, en otro tiempo, de mil fechorías de bandoleros, y ahora seguras, gracias á un destacamento de rurales acantonado en el cortijo que lleva el mismo nombre de la montaña. El Monte de los Cuartos, y ya con la noche, llegué á El Jazmín que también está escondido en aquellos empinados y silvosos breñales.

Volvían del bosque los leñadores con sus asnos cargados de tamaras, y el destal en uno de los tercios; y después de descargar en los sotechados y encerrar sus menores caballerías en las corralizas, se sentaron fuera de la choza á fumar, departir ó cantar, felices en medio de aquellas úberes montañas, con la vida serena como un remanso, y alegre como un turpial cogido en las oncijeras y escapado del alcahaz.

Acepté la hospitalidad que me ofreciera el jefe del rancho en la vivienda principal de la zafería, un cuchitril de adobe desnudo, á un lado del camino, con un tejadillo sobre horcones al exterior, y frontero á la fonda y al resto del caserío, que se haya al otro lado.

A las ocho de la noche, los moradores de aquel abrupto bosque dormían ya, y sólo el cacique y yo eramos los únicos mortales en vela todavía. Contábame algunos episodios de su existencia cerril, entre otros, un lance con jabalíes, en un país del norte, donde había nacido. Caminando por la sierra para mudar de residencia, un día, del calor en que se abrasaba al sol meridiano, pasó á la frescu-

ra de profundos humedales, y al penetrar en la maleza le acomete impróvido una rebudante jauría que ocultamente se aregostaba con hayucos y berzas silvestres, en un escondrijo boscoso y áspero. Viéndose tan expuesto á su furia, arremete contra los hirsutos jabalíes armado del fuerte bieldo que llevaba entre sus aperos labradorecos mal atados en el burro cargado con un mueblaje, y dando aquí y acullá, pudo escapar indemne y salir de aquella espesura. A largo trote de su caballería, la que ya iba jadeando de cansancio, cruzó por un plan poblado de chozas, al pie de una gándara que blanqueaba con las ovejas y cabras de los dispersos rebujales del cortijo, y noticiados de la peligrosa vecindad los pastores, se reunieron para dar caza á los jabalíes.....

Nos despedimos á eso de las nueve: él entró en su habitáculo, y yo elegí el cobertizo por más fresco para dormir. El Jazmín estaba ya en profunda quietud. Le contemplé desde mi albergue cuando me quedé solo: al pie del cerro frondosísimo se destacaban las negras chozas de varas y zacate, cerradas y oscuras: los hachones que ardían afuera se habían apagado; la luna doraba el cuadro de aquellas salvajes viviendas, y los árboles ensombrecían algunos sitios. Las gallinas dormían encaramadas en el ramaje de los *guamúchiles* cercanos.

Bajo del cobertizo, en la frescura del balsámico ambiente serrano, disfruté de tranquilo sueño,

hasta que ví blanquear la luz matutina sobre los altos bosques de la montaña.

